

Mick Wall

Two Riders Were Approaching

Vida y muerte de
Jimi Hendrix

Traducción de Ana Pérez Galván

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Two Riders Were Approaching. The Life & Death of Jimi Hendrix*

Esta edición fue publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2019 por Trapeze, un sello de The Orion Publishing Group Ltd., Londres.

Primera edición: 2020

Segunda edición: 2023

Diseño de cubierta: Tomás Almeida

Adaptación al castellano: José Luis Collada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Wallwrite Ltd, 2019

© de la traducción: Ana Pérez Galván, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-104-5

Depósito legal: M. 26.314-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Dos jinetes

*Le dijo el bromista al ladrón...**

Jimi ahogado en vino tinto barato. El pelo, los pulmones, los ojos... todo tinto. Jimi completamente bañado en vino. Jimi arrasado.

–Está acabado.

–¿Estás seguro? Asegúrate, joder.

–Que sí, está acabado de cojones.

Los hombres, de la CIA, del MI6, antiguos agentes, actuales, a tiempo parcial, criminales londinenses, mafia neoyorquina, maleantes *geordies*, rematadores finales, de acento inglés, de acento americano, una movida muy seria. Los dos jinetes se apartaron de la cama, del estropicio que habían hecho. Vino tinto y sangre fría, una maraña de sábanas sudadas y estragos de la resaca. Babas. Vómito. Mierda. Probando la brujería de las brujas.

–¿Cuándo vuelve la rubia?

–Da igual.

–¿Y qué vas a hacer con eso?

–Nada. Ella sabe qué hacer.

Jimi tirado; acabado. Jimi jodido. El pasado ya no está cerca.

* «Said the joker to the thief» es un verso de «All Along the Watchtower», tema de Bob Dylan que versionó Jimi Hendrix y donde también figura el título de esta biografía: «Two riders were approaching» [‘Se acercaban dos jinetes’]. [N. del Ed.]

Un poco antes...

Saliendo por ahí. Alternando con Phillip el Pijo, el hijo enrollado de Lord Harvey. Con una tía con perlas y acento de ricacha inglesa, y con otras de este estilo: carmín rojo en los cigarrillos, minifaldas, enseñando las bragas. Jimi sonriendo, alto, relajado, en un buen momento; nena, sabes que me molas mucho.

Jimi de fiesta. Jugando a tocarle el culo a las admiradoras de pantalones campana. Choca esos cinco. Unos petas. Acabo de volver, sabes, estoy en la ciudad unos días, voy a ver a algunos *bueeenos amigos* míos. Tranquilo por fuera; por dentro, a mil. Jimi deshecho. Buscando un lugar donde esconderse.

«¿Viste a los Monty Python la otra noche, tío? ¡Qué graciosos! “El Ministerio de los Andares Tontos” –Jimi haciendo su propia imitación–.

«¡Qué divertido, tronco! Nos habíamos fumado ese Red Leb. ¡Joder, tío, casi me *muerdo* de la risa!»

Todos: «¡JA, JA, JA, JA, JA!».

Hippies borrachos pataleando, andando en plan idiota, estilo John Cleese. Jimi partiéndose de risa, echando humo a borbotones. Un Dunhill en la mano, un porro en la mano, una copa en la mano. Una quelu guapa. Un ambiente *kasbah* relajado y acolchado, todo el techo forrado de anillos de humo de Saturno y alfombras historiadadas de hilo de oro. En el tocadiscos, Smokey Robinson... «*But don't let my glad expression / Give you the wrong impression...*» [‘Pero no dejes que mi expresión alegre / Te dé una impresión equivocada...’]. Jimi, la única cara negra, el único tío en la habitación que lo está disfrutando de verdad. A Jimi también le mola esto; Jimi está *a gusto* en este rollo. Los tíos blancos guay de Londres podridos de dinero de papá y con buenos contactos, flipando con el juglar *negra-ta* friqui. Jimi, el blanco honorífico sin compromisos.

Entonces, la tía rubia se pone a acosar a Jimi, un bajón, gritando que quiere irse. La del acento alemán fuerte, con la cara pálida y la raya de los ojos corrida. Jimi se la quita de encima, pero la piba pierde los papeles y sale corriendo, dando un portazo al salir.

Jimi va tras ella, enfadado. «¡Maldito cerdo!», le grita ella. Jimi también le grita, tronco, amenazándola con darle unos azotes en el culo. Phil el Pijo sale fuera corriendo, rogándoles que paren, preocupado de que alguien llame a la pasma. Pero Jimi tiene los ojos inyectados en sangre. La rubia –Monika– le ha puesto así. Esa tía echa humo, tío. Después de media hora de ese jari, él cede, se disculpa con todos y se va, llevándose a Monika con él, a pillar un taxi.

De vuelta al Samarkand, al apartamento de Monika, un lugar demasiado asfixiante para Jimi. Monika le dice que se dé un baño, que coma algo. Jimi quiere usar el teléfono. Le dice que Pete Kameron quiere verle en su quelí. Pete había ayudado a poner en marcha Track Records. A Jimi le gusta hablar con él de sus problemas. Movidas de negocios. Temas serios. ¿Sabes?

Jimi se lo explica, haciendo que suene creíble: Pete va a dar una especie de cena privada. Monika puede acercarle en coche, y dejarle allí, pero no puede quedarse. No es esa clase de historia. ¿Lo entiendes, verdad, nena?

Monika está conforme. «Lo entiendo», dice. Hacia medianoche, lleva a Jimi. Está aliviadísimo de quitársela de encima, a esa alemana pesada, macho, ¡qué coñazo, joder! Jimi necesita respirar. Además, Devon Wilson –Dolly Dagger– está en casa de Pete, haciéndose la tímica con las drogas. Stella Douglas y Angie Burdon también están, son tías que *conocen* a Jimi. Saben de qué palo va. Todo de golpe, no. ¿Vale?

Es un buen rollo. Jimi se alegra de ver a Devon. Se quejó y protestó cuando ella le dijo que iría a verle desde Nueva York. «¡Por amor de Dios, Devon! ¡Déjame en paz!» Pero eso era cuando todavía estaba con Kirsten. Ahora Kirsten ya no está, y ha aparecido la pesada de la piba alemana, todas ellas diciendo que son la novia de Jimi. Todas haciendo como que no se enteran de que Jimi solo está bromeando, tonteando, joder, ¿es que no lo veis?

Ahora aquí, en este lugar, en persona, Jimi le entra otra vez a Devon –*bebiendo sangre del borde dentado*–. Solo que ahora es Devon quien va de tranqui. Está colgada de Jagger todavía; sabe que a Jimi le jode.

Pero está aquí Stella, la piba de Alan Douglas. Alan es el nuevo mejor amigo de Jimi. El que va a ayudarle a salir del mar de mierda en el que está nadando, hacia la tierra prometida de las sonrisas millonarias y otras pamplinas sobre amigos del alma.

Jimi no confía en nadie. Jimi *confía* en Alan. Así que confía también en su piba. Stella, con su *bindi* y su ropa ultra *cool*, su rostro inteligente y su expresión despierta. Stella no es otra tía rockera con la que salir. Con ella se puede hablar. Stella sabe de qué va este rollo. Nada de sexo. Solo amor, a-m-o-r.

Lo mismo vale para Angie –la chica de Eric–, salvo que Angie está colgada de la heroína. Angie y Devon. Brujas del jaco. Angie ha estado cantidad de veces antes con Jimi. Como Devon, salvo que esta parecía algo con lo que quedarse, mientras que Angie era solo un polvo suelto: repetición y final. Pero ahora esa tía «no quiere saber nada de nadie que no tenga esa dulce heroína».

Hora del chute. Próxima parada: ninguna parte.

Jimi pasa de Angie, se fija en Devon, charla por encima con Stella. Hay comida china en la mesa. Se traga un

par de cervezas negras y lía otro porro. Sabe un poco a pollo y arroz.

Entonces suena el portero automático... Jimi acojonado. «Joder, tronco, por favor, dile a esa tía que ya vale. Que me deje en paz, tronco...»

Stella asume el mando, coge el telefonillo y le dice a la rubia petarda:

–Vuelve más tarde.

–Es que soy la novia de Jimi. ¿Entiendes, *ja?*

Pero no hay contemplaciones.

–Vete a casa.

–*Nein*. No. Tienes que entender...

Stella cuelga.

Monika fuera, sola. Monika llorando. Monika desquiciada.

Diez minutos después, el timbre de nuevo. ¡*Joder!*... Jimi pierde la paciencia. Stella, de nuevo al telefonillo, tensa, le dice: «¡Que no, tía!».

Monika llora, grita, el sonido de fondo. Jimi pide disculpas a la sala, abochornado. Jimi otra vez afuera en la calle, hartísimo de esta movida.

Viaje en taxi de vuelta al Samarkand. Jimi como loco, se desahoga, qué mal rollo de tía de los cojones, joder. Monika callada, enciende un cigarrillo. Londres pasa fugazmente ante sus ojos. Unos ojos trasnochados, amarillos por el tabaco, les miran desde un Jaguar aparcado frente a la puerta, estaban esperándoles.

Mike apaga su pitillo y abre la puerta del coche. Los otros le siguen. Chicarrones, extras de *Asesino implacable*, chicos de la mafia. Riendo y bromeando: a las órdenes del ladrón.

Entran justo detrás de la infeliz pareja según abren la puerta, directos a por el hijo de puta antes de que pueda darse cuenta de qué es lo que le ha golpeado. Le dan un

rodillazo en las pelotas. Él cae sin aliento. Le dicen a la putilla rubia: «Lárgate, tenemos que hablar con tu novio».

La miran fijamente. Que-te-largues-ya.

–Voy a por tabaco, ¿vale, Jimi? Voy al garaje, a por tabaco...

Los muchachos se ríen. La sacan de un empujón.

–Oye, Mike, qué coño...

Mike callado, pensando. Jimi, suplicando. «Mike, venga, tío...»

Entonces los muchachos caen sobre él. Le ponen la cabeza sobre la almohada a la fuerza. Le dan un buen par de puñetazos en la tripa. Jimi a cuatro patas, jadeando, gritando, balbuceando; Jimi ahora asustado, realmente jodido, tío...

Dos más. Le dan la vuelta boca arriba, le echan la cabeza hacia atrás tirándole del pelo rizado; le sujetan entre dos, mientras otro deja la bolsa de la compra, saca el primer par de botellas y mete el corcho hacia dentro con el pulgar. Un tipo duro. El vino le salpica la mano. Se la limpia en la camisa del guiñapo negro. Luego le mete la botella en la boca. Glu, glu, glu, glu, glu...

–El chaval tiene sed –dice uno. Los demás se ríen–. Menos mal que hemos traído más –dice otro. Se burlan.

Empuja el corcho con el pulgar. Se limpia la mano. Le mete la botella a la fuerza.

Vino por todas partes. Los ojos de Jimi desorbitados, hace aspavientos, incapaz de respirar, el vino se le sale por la nariz, le cae por el pelo, por la cama, por las manos que le sujetan.

Mete el corcho con el pulgar. Se limpia la mano. Le mete la botella a la fuerza.

Todo por el pecho y los brazos, la boca, los ojos.

Esta historia es *real*. Imposible. Esta movida *está pasando*. No puede ser. Los chicos se ríen.

Entonces se apaga la pantalla, un pequeño punto blanco... rápido, luego despacio... despacio... encogiéndose hasta convertirse en...

Nada. Una profunda, negra, pesada... Nada.

Lucille y Al

La noche en que nació, la luna estaba en sombra, en fase menguante, pasando de Cáncer a Leo, del estómago al corazón, de la mucosidad a la sangre.

Mamá era un bombón, acababa de cumplir diecisiete años. Papá estaba hecho un desastre, en la prisión militar.

Lucille Jeter se había casado ocho meses antes con el soldado del ejército estadounidense James Allen Ross Hendrix, de veintitrés años. Tres días después de la boda, habían enviado a Al a Fort Rucker, Alabama. Cuando nació el bebé, le denegaron el permiso de paternidad y le encarcelaron. El oficial al mando dijo que era por su propio bien, sabiendo que el muchacho probablemente se iría sin permiso. Al estaba cabreado. A todos los reclutas blancos les daban permiso de paternidad.

Las líneas de su ascendencia, como las de todos los estadounidenses, estaban enmarañadas, hechas trizas y siempre eran ignoradas: esclavos africanos, blancos dueños de esclavos, tribus indias piel roja, una larga retahíla fruto de violaciones, asesinatos, odio racial, aberraciones religiosas, negación de una esperanza de futuro y la imprevista pervivencia del pasto recio en las grietas de la rocosa superficie endurecida durante siglos.

Por parte de Lucille, un abuelo esclavista blanco y una abuela esclava negra. Capataz y concubina, extrañas parejas consumadas en el Profundo Sur del siglo XIX.

Un niño nacido de ellas en 1875: Preston Jeter, el típico mulato. Huyó de Virginia tras presenciar un linchamiento y se dirigió al Noroeste, donde se decía que los negros lo tenían más fácil.

Claro, claro.

Fue minero en Roslyn, Washington, y luego en Newcastle, en cualquier lugar donde un joven negro pudiera ganar un dólar. Para cuando llegó a Seattle, donde conoció a la madre de Lucille, Clarice Lawson, estaba ya en la cuarentena, aunque al menos ahora al aire libre, trabajando a la luz del sol, en jardines. Nacida en el segregado y confederado Arkansas, Clarice provenía de los cheroquis que habían sido acorralados allí como ganado en virtud de la Ley de Remoción de Indios de la década de 1830. Acogida por esclavos, casados entre sí, pobres, Clarice era diecinueve años más joven que Preston y ya estaba embarazada tras haber sido violada en los campos de algodón del delta de Luisiana.

Cuando sus hermanas mayores le ofrecieron pasta a Preston por casarse con Clarice, él dijo que ni hablar y salió corriendo. Ella tuvo al niño, lo dio en adopción y casi se murió de la pena. Así que sus hermanas se dirigieron de nuevo a Preston, subieron su oferta y esta vez él dijo: «Sí quiero». Se casaron en 1915 y siguieron casados hasta que el viejo murió treinta años después. Aunque nunca fueron realmente felices, ¿quién lo es?

Vivían en el Distrito Central de Seattle: seis kilómetros cuadrados de gueto urbano negro, hogar de irlandeses, amarillos, pieles rojas, japos, alemanes cuadrículados, espaguetis, judíos, filipinos... todos los rechazados por los blancos, aplastados bajo su yugo. Que tengan sus propios periódicos, escuelas, tiendas, garitos y tascas. *Démosles todo lo que quieran con tal de que no estén cerca de las personas blancas de bien, temerosas de Dios, como nosotros.*

La calle Jackson era donde estaba la acción, la avenida principal de la marcha nocturna. El día estaba dedicado principalmente a limpiar para los ricos que vivían a todo tren fuera del Distrito.

Preston y Clarice tuvieron ocho hijos, seis de los cuales sobrevivieron a la infancia. Lucille fue la última en llegar. Para entonces, Preston ya era mayor, tenía más de cincuenta, y a Clarice le diagnosticaron un tumor. Sobrevivió, pero pasó mucho tiempo en el hospital. Las hermanas de Lucille la criaron. Cuando las cosas se pusieron muy feas, todos fueron acogidos por una familia alemana de buen corazón que vivía en una granja del área exclusiva para blancos de Greenlake, donde los lugareños armados dieron por hecho que eran solo la asquerosa prole de unos gitanos.

Lucille era de piel clara y bonita, una muñeca de color café que hacía que se giraran en la calle para mirarla cuando pasaba canturreando. Lucille era tan blanquita y sencilla que podría haber dado el salto si hubiera querido. Pero no lo hizo. En cambio, cuando era adolescente y vivía en Central, le encantaba bailar, y al cumplir los dieciséis, estando todavía en el instituto, fue con amigos de la escuela al Washington Hall a ver actuar a Fats Waller, el Horowitz negro. Allí conoció a Al Hendrix, un trabajador de la industria de la fundición bajito y guapo con sueños de grandeza. Al sabía bailar de verdad. Y era mayor, llevaba un tiempo en activo y tenía algo de dinero para salir. Al era *divertido*.

Al igual que los de su futura novia adolescente, los antepasados de Al procedían de todas partes. Su padre, Bertran, había nacido un año después de terminar la Guerra Civil fruto de la relación de Fanny Hendricks, una esclava liberada hacía poco y recientemente divorciada, con Jefferson Hendricks, un recalcitrante dueño

de esclavos blanco que no quería tener nada que ver con el niño. A pesar de ello Fanny se aseguró de que llevara todos sus nombres: Bertran Philander Ross.

Ross, como prefería ser llamado, tenía cuarenta y seis años cuando cambió su apellido por el de Hendrix. Había sido un oficial de policía «especial» en Chicago durante un tiempo, se había casado y se había separado, y ahora estaba en el mundo del espectáculo, como tramoyista en una compañía de vodevil de Dixieland que viajaba por el noroeste del Pacífico. Estaba a punto de casarse de nuevo.

Zenora «Nora» Moore era bailarina y corista, una auténtica belleza. Su madre, también llamada Fanny, era medio cheroqui, medio africana. Su padre, Robert, era un esclavo liberto de Georgia. Vivieron la época de Tennessee lo mejor que pudieron.

Sin embargo, Nora aspiraba a algo mejor. Había hecho *tournées* como bailarina con su hermana Belle, y había conocido a Ross al unirse a la misma compañía de actores, músicos, comediantes y bailarines que él. Cuando la fuente de ingresos se agotó y la compañía se disolvió, se quedaron varados en Seattle. Perspectivas de trabajo en el espectáculo: cero.

Se casaron para poder ahorrar compartiendo habitación, ya que ningún propietario blanco de una casa de huéspedes iba a alquilarle un cuarto a una pareja negra sin casarse. Cuando alguien dijo que Canadá era un buen lugar en el que la gente de color podía encontrar trabajo, salieron pitando para allá. Gracias a la recomendación de un cliente, Ross consiguió un curro en Vancouver, trabajando como camarero en el American Club.

Nora cambió la farándula por la vida de ama de casa y cinco niños. Dos murieron: el mayor, Leon, cuando tenía veinte años, y el más pequeño, Orville, cuando te-

nía solo dos meses. Quedaron Patricia Rose, Frank y, en 1919, James Allen Ross, Al para todos los demás.

Tres años después, la familia se naturalizó oficialmente y se convirtieron en ciudadanos canadienses. Iban tirando. Ross participó activamente en la Iglesia Metodista Episcopal Africana y se convirtió en el primer portero del recién inaugurado Club de Campo y Golf de Quilchena, en King Edward esquina con la Avenida 33, en el antiguo límite de las Naciones Originarias de Vancouver.

Cuando la aorta del viejo estalló de forma natural, haciendo que se desangrara enseguida y causándole la muerte, tenía sesenta y nueve años. La familia Hendrix también estalló. Nora se quedó helada. Los niños volaron. Cayó la Gran Depresión y el mundo se volvió hostil. Cualquiera posibilidad de que Al fuera a la universidad murió con su padre. Dejó la escuela para buscar trabajo. Pero los trabajos eran malos o mal pagados. Servir mesas en garitos *after hours*.

Espoleado por su madre, se puso a bailar claqué. Ella le decía que llevaba el mundo del espectáculo en la sangre. Su hermano mayor, Leon, que había sido como una gacela, le había enseñado todos los estilos de moda: claqué, charleston, Lindy hop, ballin' the jack, eagle rock y Georgia grind. Al consiguió actuaciones de segunda. Y añadió algunos pasos propios. Cogió un representante. Y pasó a los clubes.

Se puso de moda el jitterbug y Al también se hizo bueno en eso. Nora se lo tomó a risa y le dijo que cuando ella bailaba así veinte años antes ese baile se llamaba Texas Tommy, del musical solo de negros *Darktown Follies*. Pero segregaron los bailes para darles una oportunidad a los blancos y Al se rebotó.

Cuando su amigo Al Ford le habló de las peleas de boxeo amateur, a veinticinco dólares cada uno de los tres asaltos, Al Hendrix casi se caga de miedo. Bajó de

estatura, pero fuerte y fornido, logró acceder a la competición de Guantes de Oro de Seattle, en la Crystal Pool, donde disputó su primer combate como peso wélter de menos de 67 kilos. Ganó y volvió a ganar. Luego perdió en la final. ¿Y qué? La paga compensaría la derrota. Solo que le habían engañado. Le dijeron que solo pagaban a los profesionales y regresó al hotel Moore sin dinero siquiera para una taza de café. El remate: que le dijeran que la piscina era solo para blancos.

¡Que les jodan a estos blancos de mierda!

Cuando Canadá declaró la guerra a Alemania, Al salió pitando hacia Victoria, donde pensó que encontraría trabajo en un ferrocarril, pero un capataz racista no quiso contratarle, aduciendo que era «un jodido retaco». Más gilipollices. Se quedó en el piso de un amigo y reunió unos cuantos dólares limpiando zapatos. Luego regresó a Seattle en 1940, con cuarenta dólares y una mano delante y otra detrás.

Al se movió de prisa. Limpió pisos. Consiguió un curro lavando platos en un tugurio del gueto negro en la calle Pike. Seguía bailando swing con las damas, con su traje ancho de rayas. Enseñándoles a hacer el movimiento de caderas, la voltereta lateral y de espaldas. Pero esas pibas de Seattle eran *grandes*. Al podía darles la vuelta a las gordas, e incluso deslizar a las altas entre sus piernas. Pero las únicas tías que parecían tener el tamaño adecuado para Al, de 1,65, eran las blancas, y para un chico negro como él eso no era más que un riesgo.

Cuando conoció al bombón de dieciséis años Lucille Jeter mientras trabajaba en la fundición, Al no se lo podía creer. Aquella chica era más baja que él. Y sabía bailar de verdad. Seguir el ritmo de verdad. Enseñarle a Al un par de cosas de verdad.

¡Qué buen equipo, nena!

Chas y Kathy

Sábado 24 de septiembre de 1966. Jimmy todavía estaba con el horario de Nueva York cuando el avión aterrizó en Londres a las 9 de la mañana, hora local, las 4 de la mañana para Jimmy. Habían puesto tanta comida en el avión (*filet mignon*, langosta) y tanta bebida (champán, *whisky* escocés de primera calidad y *brandy*) que Jimmy estaba estragado. Poco acostumbrado a los viajes de larga distancia y a que le despertaran a las 4 de la madrugada, cuando apenas había logrado dormirse un par de horas antes, con mal aliento, sudor frío y los ojos rojos, no estaba preparado para lo que iba a suceder.

Al viajar en primera clase, él, Chas y su *roadie* Terry McVay (que había pedido prestado a The Animals) fueron los primeros en salir del avión y los primeros en llegar a la aduana, Jimmy sonriendo, pero muy cohibido. Su incomodidad social contaminaba su aura, haciéndole sentir como un personaje de circo. Su negrura, una mancha; su vistosa negrura *americana* perjudicándole, así lo notaba.

Terry llevaba la guitarra enfundada de Jimmy, que no tenía permiso de trabajo. Chas se había inventado una historia para él: que era un compositor profesional que iba a cobrar unos derechos de autor. A los tipos de la aduana no les gustó, sabían que era sospechoso, pero el gran tipo blanco trajeado parecía saber de lo que esta-

ba hablando –habían oído hablar de The Animals–, así que dejaron pasar al negrata chungo con un permiso de residencia temporal no lucrativa de siete días.

Jimmy, su pasaporte recién estrenado, sus vaqueros y el pelo a lo Bob Dylan. El resto de sus posesiones –la Stratocaster prestada, una sola muda de ropa, el frasco de jabón facial antibacteriano Valderma (esos putos granos, tío) y sus rulos rosas para el pelo– venían dentro de la funda de la guitarra.

Ya al otro lado de la aduana, Jimmy está que se sale, eufórico, como un fuego artificial a punto de explotar. Chas, que había estado maquinando un plan durante todo el vuelo, va a una cabina telefónica y comienza a cargarla con monedas de un centavo. Llama a la oficina de The Animals y habla con Trixie Sullivan, la asistente personal de Mike Jeffery. Trixie ya sabe que Chas ha dejado The Animals y quiere meterse en la representación de artistas con Mike. A ella le gusta Chas, le ve como lo que es: un representante honesto, un músico con talento y una gran compañía. Pero sabe que, sin Mike, no es nada. Mike, dice Trixie, «es alguien especial: un tipo duro y condenadamente listo».

La siguiente llamada telefónica que hace Chas es a su nueva novia sueca, Lotte. Chas y Lotte tienen habitaciones reservadas en el hotel Hyde Park Towers de Bayswater, incluyendo una para Jimmy. Chas le dice a Lotte que llegarán luego por la tarde, después de una parada rápida que tienen que hacer Jimmy y él. Le dice que esté lista. Saldrán esta noche todos al Scotch of James.

El Scotch –escondido en las callejuelas empedradas en torno a la plaza St. James, cerca del Parlamento– es uno de los marchosos locales nocturnos de Londres a los que va la nueva aristocracia pop, lugares como el Ad Lib, en la plaza Leicester, y el Blaises y el Cromwellian, en

Kensington. Jóvenes borrachos de sangre azul y gánsteres glamurosos, mocosos prepotentes con gafas de sol nocturnas, reinas de la moda planas y aspirantes a estrellas de cine empastilladas. El tipo de garitos pijos *after hours* por los que solían aparecer Paul McCartney y Mick Jagger, rodeados de los sumos sacerdotes del mundillo pop como Robert Fraser y David Bailey, Stash y Peter Max, y diosas bien vestidas como Twiggy y Marianne Faithfull, Julie Christie y Jacqueline Bisset.

Chris le dice a Lotte que llame a los muchachos del Scotch y que les diga que van a ir esa noche y que les reserven un par de mesas. En esos momentos, el Scotch es el sitio al que va todo el mundo el sábado por la noche, un gran escaparate en el que presumir de Jimmy, incluso aunque legalmente no pueda tocar nada en público... todavía.

La siguiente llamada es a su viejo colega Zoot Money.

Zoot es el cantante-teclista de su propio grupo, la Big Roll Band, que acaba de tener un éxito menor con «Big Time Operator». Aunque todavía no lo sabe, la influencia de Jimmy está a punto de hacer que Zoot pase de ser un mediocre grupo de club de rhythm and blues –por encima del carca Georgie Fame, pero por debajo del salvaje Brian Auger– a convertirse en uno típico de la psicodelia de amores de verano fugaces llamado Dantalian's Chariot. (Dantalion es el nombre del mitológico Gran Duque del Infierno, que comandaba treinta y seis legiones de demonios.)

Zoot tiene una bonita queli en Fulham, a un viaje en taxi desde el aeropuerto. Chas tiene previsto llevar a Jimmy allí primero, fumar un poco, tomar un té, pasar un rato agradable con colegas afines antes de aparecer oficialmente en público más tarde esa noche en el Scotch. Es eso o llevar a Jimmy directamente al hotel. A

una habitación solitaria de una sola ventana, sin amigos, sin ambiente, sin petas.

La quelu de Zoot es como la estación Grand Central para cualquier porreta y músico que pasa por el oeste de Londres. Cuando Chas se pasa con Jimmy a eso de las once, Zoot está muy *cool*. Cuando Jimmy ve todo el equipo de la Big Roll Band montado en el salón, sabe que ha venido al lugar correcto. Que Chas sabe mucho. Jimmy pregunta, con gesto humilde, si puede tocar la Telecaster blanca de Zoot, y Zoot asiente, con la cabeza envuelta en humo del bueno.

Jimmy todo sonriente, se lanza.

Zoot lo interioriza. Lo intenta. Oye blues, soul, góspel; oye negro, blanco; oye una luz pura deslumbrante. Colocado. Besos, mordiscos, risas. Mira a su esposa Ronni y ve que está claramente excitada. Chillando por dentro. Se está corriendo.

Jimmy, con la mirada tímida, se arquea su paquete y hace llorar a la Telecaster restregándosela sobre su paquete.

Ronni no puede creerlo, sube corriendo al piso de su amiga Kathy.

Un montón de años y vidas después Kathy Etchingham me contó que Ronni le gritó: «¡Kathy! ¡Baja, corre! ¡Chas ha traído a un tío de América y que parece el Hombre Salvaje de Borneo!».

Kathy, tumbada en la cama fumando, no tiene prisa. Oye el ruido, pero anoche no volvió a casa hasta Dios sabe qué hora. A Zoot y Ronni las visitan muchos aspirantes a hombres salvajes. Kathy tiene veinte años, viste muy a la moda y es muy guapa. Tiene unos grandes ojos marrones, el pelo oscuro y liso, y trabaja como peluquera. Aunque cuando sale con Ronni por la noche es a veces pinchadiscos en el Cromwellian y en el Scotch.

Kathy y Ronni, rubia como la miel, hacen un buen número doble. Kathy es la chica londinense sexi, libre y desinhibida; Ronni, la cálida madre tierra y discreta esposa de Zoot. Son el centro de atención allá donde vayan. Ronnie es la protectora; Kathy, la chavala de Derby que no necesita protección. Ya ha salido con tíos como Brian Jones, Keith Moon, de ese palo. Kathy ya es una niña mayor: cigarrillos con marca de carmín y hachís.

Kathy se toma su tiempo para bajar y, para entonces, ya es demasiado tarde. Chas y Jimmy se van. No importa. Quedan en verse en el Scotch esa noche.

Jimmy quiere ver a Linda Keith. Linda es la razón por la que Jimmy ha venido hasta aquí. Jimmy quiere ver todo lo que haya que ver. Pero Linda sigue siendo la chica de Keith, y aunque está emocionada por ver a Jimmy en Londres al fin, todo gracias a ella, Linda dice que le verá más tarde en el Scotch.

Cuando Jimmy aparece esa noche con Chas y Lotte, el que se muestra es el Jimmy callado y tímido, hasta que saca su pequeño repertorio a escena y toda la peña del lugar flipa en plan: «¿Qué?».

Ya no es Jimmy el Hombre Salvaje de Borneo, sino Jimmy el músico serio, que está aquí para presentar sus credenciales. Un joven *bluesman* negro americano, ¿entiendes? Mira, ya viene. No es un espectáculo, es una tormenta. Un huracán interno. Los mods trajeados y los andrajosos *posbeat* estudiantes de arte no pueden creerse lo que están oyendo. Todas las guapas minifalderas sacuden sus melenas, se mueven como si fuera genial adorar a un tío negro desconocido.

Antes de Jimmy había habido los típicos hombres de color que habían llegado desde Estados Unidos para tocar blues acústico de andar por casa, como Big Bill Broonzy, ya en su cincuentena y, por lo tanto, antiguo.

O habían aparecido electrizantes tipos negros desastrados y peligrosos como Muddy Waters, no mucho más joven que Big Bill, pero infinitamente más temible. Viejos locos que les gustaban a los chicos, pero que asqueaban a las chicas.

Y ahora ahí estaba Jimmy James, joven y guapo, tímido y dulce, susurrando palabras dulces al micrófono. Haciendo magia con su guitarra como el dios Pan tocando su flauta en el alféizar de tu ventana tras anochecer cuando el mundo duerme profundamente y sueña.

Linda Keith observaba todo esto desde su mesa con una mezcla de entusiasmo y temor. Había estado en lo cierto: Jimmy realmente era una estrella en ciernes. Solo ahora caía en la cuenta de lo que vendría después, y no estaba segura de qué pensar al respecto. Jimmy había sido el gran descubrimiento de Linda, el amigo especial de Linda. Ahora Jimmy pertenecería a todos los demás. ¿Linda qué?

Cuando llegó Kathy (pelo perfumado, falda corta a la altura de las nalgas, energía desenfadada del norte), era otra vez demasiado tarde. Jimmy ya había terminado su pequeño momento de gloria. Chas le hizo señas con la mano a ella, a Ronni y a Zoot para que fueran a la mesa donde estaban sentados Jimmy, él y el resto de la pandilla. Sacó una silla y sentó a Kathy justo al lado de Jimmy.

Jimmy agradecido al instante. Le hace un gesto a Kathy para que se acerque, luego le susurra al oído: «Eres preciosa». La besa en la oreja y sonrío. Luego le dice otras cosas más. Cosas de hombre a niña, con los ojos desorbitados.

Ronni lo ve y se alegra por su amiga, burlona. Linda no lo aguanta, se vuelve loca. Le tira su copa a Ronni. Empiezan a volar los platos. Vuelcan las mesas. Jimmy coge a Kathy de la mano y huyen. Chas les dice que co-